

## Brasil: ¿una tercera vía para el continente?

Ángel Pérez González

*La llegada al poder en Brasil del Partido de los Trabajadores (PT), liderado por Lula, ha generado una enorme ola de entusiasmo no sólo en ese país, sino en todo el continente latinoamericano. Para muchos el nuevo presidente representa la encarnación de una tercera vía capaz de superar los fracasos de la izquierda tradicional latinoamericana y los excesos de las reformas neoliberales. La preocupación generada en los sectores empresariales de Brasil y en los mercados internacionales se superó tras comprobar que el nuevo gobierno se alejaba del populismo anticapitalista y se disponía a iniciar una transición.*

En el triunfo de Lula se ha querido ver la consolidación de una izquierda moderada, y aunque se ha insistido en el carácter histórico de su victoria, comparándola con la de Allende en Chile en 1970, lo cierto es que las diferencias con aquel momento histórico son muy notables. Lula debiera encarnar una izquierda capaz de integrar los postulados liberales, de forma similar a lo que hizo tras la II Guerra Mundial la socialdemocracia europea. De ser así constituiría un paso decisivo de Brasil y el conjunto de Latinoamérica hacia la modernidad y la superación de antagonismos ideológicos que, hasta el momento, han condicionado en exceso la política latinoamericana. Esta ha

sido la condición que le ha permitido recibir el apoyo de una amplia base social no necesariamente vinculada a la trayectoria sindical del PT. Y no han faltado muestras de que tal moderación es seria, como la elección de José Alencar, empresario bien conocido en el país, como vicepresidente.

Se trata de una tendencia moderada que tiene su equivalente en Chile, con cuyo presidente, Ricardo Lagos, ha mantenido Lula numerosos contactos, y quizás en el futuro en Uruguay, donde *Encuentro Progresista-Frente Amplio*, dirigido por Tabaré Vázquez, intenta ese viaje al centro hasta ahora con éxito razonable.

Tras varios meses de mandato, sin embargo, empiezan a surgir las primeras críticas. Para el ala más izquierdista de su partido su moderación es excesiva, para las clases medias sus reformas les perjudican en exceso y de manera injusta y para los analistas económicos Brasil no acaba de despegar. Las simpatías formales con Hugo Chávez y Fidel Castro tampoco han gustado a todos. La transición, en definitiva, se presenta más difícil de lo imaginado. La popularidad asombrosa de Lula y las esperanzas en él depositadas, quizás excesivas, contribuyen también a que la insatisfacción

potencial sea mayor que en mandatos anteriores.

### La economía

Este es el gran reto de Lula, satisfacer las aspiraciones sociales de sus electores, al tiempo que desarrolla un programa económico ortodoxo basado en el control de la inflación, la reforma fiscal y la atracción de inversiones.

La gravedad de los problemas de Brasil no es desconocida: altos tipos de interés, elevado desempleo, crecimiento escaso y una deuda pública onerosa. El aumento de la inflación hasta superar el 10% llevó a finales de 2002 a una elevación del tipo de interés, además de imposibilitar el acuerdo vigente con el FMI, que había fijado la inflación en un 7,5%.

Por si esto fuera poco, el presupuesto de 2003 estaba al iniciarse el mandato de Lula comprometido en un 90%, lo que dejaba un margen de maniobra reducido al nuevo presidente. Y respecto a la política fiscal, cualquier reforma que pretenda elevar su carga pasa necesariamente por un mayor crecimiento económico, algo que hasta ahora no se ha producido.

Pero todos estos problemas pali-  
decen ante la dimensión de la

deuda pública, 245.000 millones de dólares, que representa una carga, en relación con el PIB brasileño, muy elevada. Sus cortos plazos de vencimiento han generado dudas sobre la capacidad de Brasil para cumplirlos, hasta el punto de que son numerosos los analistas que consideran que la reestructuración de la deuda, con su inevitable carga de desconfianza, es sólo cuestión de tiempo. Renegociar las condiciones del crédito (30.400 millones de dólares norteamericanos) con el FMI y el Banco Mundial es una posibilidad abiertamente defendida por una parte del equipo de Lula, que, de todas formas, ha gozado hasta ahora de una excelente relación con los funcionarios de aquellas organizaciones internacionales. El deseo de no repetir el caso Argentina ha influido en ambas partes, pero sobre todo en el FMI, consciente además de las duras críticas que recibe en Latinoamérica por las restricciones que sus planes acarrearán en los gastos sociales.

La victoria de Lula fue seguida de un gran entusiasmo, también en los mercados financieros. El sistema económico otorgaba a Lula un margen de confianza que le ha permitido gestionar con éxito los numerosos problemas económicos del país. Ahora bien, ese cré-

dito exterior podría empezar a reducirse en el interior, a medida que sus decisiones afectan a la economía doméstica de más y más brasileños. Y ello en un ambiente internacional reticente a los riesgos, a diferencia de la década de los 90, cuando nunca faltaron inversiones provenientes de los países industrializados.

---

*compatibilizar estas  
promesas con la ortodoxia  
económica y las reformas  
estructurales es en sí mismo  
casi un imposible*

---

Por otra parte tal inversión, absolutamente necesaria para cubrir y superar la falta de ahorro interno, generó una dependencia que el actual equipo de gobierno desearía ver reducida, algo que pasa por una profunda transformación del sector industrial, centrado en el mercado interno y no en la exportación, que en Brasil está concentrada en la minería y el sector agroindustrial. Exportar más y mejor, así como consolidar sistemas regionales de integración económica constituyen por necesidad dos ejes esenciales de la política económica de Lula.

## Un reto político

Además del económico, el otro gran reto de Lula y su equipo es de tipo político. El más importante de los riesgos políticos de Lula no procede paradójicamente del centroderecha, la oposición, que cuenta con mayoría absoluta en el Senado; sino de la izquierda, y en especial de su propio partido, donde los descontentos con el gradualismo en las reformas y las cesiones ante otros grupos ide-

---

*su presencia como invitado  
en la última cumbre del G8,  
confirma el peso específico  
de Brasil en el mundo*

---

ológicos han ido aumentando el tono de sus críticas. El compromiso, tantas veces repetido en la campaña electoral, de erradicar el hambre y la pobreza, fue en parte la base de su victoria, que alcanzó de la mano del PT, pero también gracias al apoyo del MST (*Movimento dos Trabalhadores Rurais sem terra*) y del MTST (*Movimiento de los trabajadores sin techo*).

Compatibilizar estas promesas con la ortodoxia económica y las reformas estructurales es en sí mismo casi un imposible. El corporativismo de algunos sectores, como el funcional, paradójica-

mente apoyados en el propio PT, tampoco será fácil de superar, como se ha demostrado con el proyecto de reforma de las pensiones de los funcionarios. En estas circunstancias el MST ya ha advertido al gobierno que no admitirá engaños. Un síntoma de frustración preocupante ante la inevitable lentitud de los cambios.

El control de la paciencia de sus seguidores y la negociación con la oposición conservadora son las bases de la política de Lula. En este aspecto ha recibido el crédito de numerosos observadores, que no dudan ahora en reconocer que Lula es un político eficiente. Por otra parte el propio Lula ha reconocido la capacidad de Cardoso, su antecesor en el cargo, que realizó una gestión económica alabada incluso por sus detractores, aunque fue incapaz de corregir la pobreza que afecta a millones de brasileños. Está por ver si Lula tendrá más suerte.

Por lo pronto crédito internacional tiene, en junio de 2003 se le concedió, valga como muestra, el premio Príncipe de Asturias. También tienen detractores. Estos suelen recordar que en definitiva el Partido de los Trabajadores era, y es, un partido comunista; donde abundan los elogios a dictadores como Fidel Castro o actitudes ti-

bias hacia grupos terroristas como las FARC colombianas, o ETA en España. Con estos antecedentes no faltan aquellos que pronostican el fracaso de una política en la que ven sobre todo gestos sin trascendencia práctica.

### La actividad exterior

La política exterior brasileña no ha sufrido hasta el momento cambios sustanciales con respecto al período inmediatamente anterior. Está condicionada por la economía, desde luego. Consolidar Mercosur, establecer acuerdos comerciales con otros países, siguiendo el ejemplo chileno y mejicano; reforzar los vínculos con la Unión Europea y equilibrar el contenido del proyecto ALCA continúan siendo los ejes de una política que se ha nutrido además de otros factores. Entre ellos, la vocación de liderazgo en Sudamérica, el deseo de ocupar un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y la convicción de que por tamaño y población Brasil debe ser uno de los grandes de este siglo XXI.

No faltan las voces que llaman al comedimiento. Al fin y al cabo los problemas de Brasil son de tal envergadura que fácilmente podrían hacer fracasar objetivos tan

ambiciosos. No es menos cierto, sin embargo, que en el exterior se reconoce la singularidad de Brasil. Por tamaño, es un mercado más interesante que el de sus vecinos; y por peso económico, representa casi el 40% del PIB de la región. Su presencia como invitado en la última cumbre del G8, en Evian (Francia), confirma el peso específico de Brasil en el mundo.

---

*frente a los excesos  
ideológicos del comunismo y  
el antiliberalismo, se ha  
querido ver en la experiencia  
brasileña un signo de que  
algo puede empezar a  
cambiar en Latinoamérica*

---

La victoria de Lula y la derrota de Menem en Argentina han relanzado el estancado desarrollo de Mercosur. Este nuevo dinamismo permitirá a su vez reconducir las conversaciones con la UE, dado que esta última sólo admite negociaciones con la organización de integración, rechazando acuerdos particulares con cada Estado miembro. Esta decisión de la UE ha pretendido apoyar el desarrollo de Mercosur, pero el estancamiento de las conversaciones ha

perjudicado a los Estados miembros más deseosos de avanzar en ellas, como Brasil.

Menos encarrilado está el proyecto ALCA, auspiciado por los EE UU y acusado en Brasil, y otros Estados de la zona, como excesivamente beneficioso para los EE UU en detrimento de las economías latinoamericanas. Este es el extremo que genera tensión, pues Brasil valora el ALCA como un proyecto necesario, por cuanto debiera permitir el acceso de los productos regionales al gran mercado del norte. Brasil siempre ha deseado más tiempo para consolidar Mercosur y mejorar así su posición en las negociaciones ALCA; EE UU siempre ha visto los procesos de integración menores como un obstáculo. Al mismo tiempo una buena relación con EE UU es necesaria si se desea mantener una buena comunicación con el FMI, una sintonía que los primeros contactos con Castro y Chávez pusieron en peligro. Los EE UU, por su parte, han hecho esfuerzos por mantener una relación cómoda con Brasil, aunque sin esconder diferencias que afectan no sólo al ALCA, sino a conflictos regionales como el de Colombia.

Lula rechazó durante su campaña electoral la implicación de Brasil en el conflicto, como hiciera Car-

doso, que incluso rechazó el plan Colombia. Pero resulta difícil establecer cómo se va a garantizar esa neutralidad teniendo en cuenta que la guerrilla colombiana utiliza suelo brasileño como refugio logístico y que parte de la creciente delincuencia en Brasil está vinculada a las redes de narcotraficantes con base en Colombia.

Álvaro Uribe, presidente de Colombia, ha intentado coordinar las estrategias de los Estados concernidos por el conflicto, pero Brasil ha sido hasta ahora reticente a asumir papel alguno en este asunto. Resta saber cuánto tiempo podrá hacerlo, máxime si aspira a mantener y reforzar una posición de liderazgo en Sudamérica.

El propio Lula, finalmente, ha insistido en considerar la política exterior como un instrumento adicional en la consecución de su proyecto de cambio. La necesidad de transformar el modelo económico sin violar las obligaciones contraídas por gobiernos anteriores constituye el eje de la acción exterior brasileña. De qué manera se transformará ese modelo económico y cómo influirá en esa transformación un Brasil con 170 millones de habitantes es todavía un enigma.

### Conclusión

El ascenso de Lula representa el nacimiento de una nueva izquierda brasileña y latinoamericana más moderna, moderada y realista. Frente a los excesos ideológicos del comunismo y el antiliberalismo, se ha querido ver en la experiencia brasileña un signo de que algo puede empezar a cambiar en Latinoamérica. Por otra parte la aparición en escena de Lula se produce en un momento de crisis general en el subcontinente. La pobreza centroamericana, la guerra colombiana, el populismo desenfrenado de Chávez en Venezuela, al borde de un conflicto civil; la desilusión de Perú tras las desmesuradas expectativas creadas por Alejandro Toledo, otro dirigente que ha abusado de guiños populistas; por no hablar de la crisis argentina.

México y Chile son dos excepciones notables, como se ha dicho,

buenos vecinos de un mal barrio. Brasil bien pudiera marcar un cambio de tendencia, por primera vez el fracaso de las democracias de notables, desequilibradas y escasamente liberales de Latinoamérica, no darían paso a un populismo nacionalista y destinado a un desorden seguro; sino al triunfo de una izquierda moderada capaz de consolidar el sistema democrático con la colaboración de los partidos conservadores comprometidos con la modernización del Estado.

Es la falta de resultados, no la naturaleza de la democracia, lo que genera rechazo (el caso de Perú es muy claro). Es necesaria una alternativa de gobierno, conservadora como la de Colombia o de izquierdas, como la brasileña, capaz de gestionar con éxito las herramientas de la democracia, con tanta frecuencia útiles sólo para una minoría poco escrupulosa. ■